

Mururoa: algo más distinto que distante

CUANDO estas líneas lleguen a la vista de los lectores, los ensayos nucleares de Mururoa habrán quedado ya relegados al olvido, como ocurre siempre, por la cascada de acontecimientos que ensordece cada día con su despeño. Quizá por ello, no sea mal momento para reflexionar brevemente en torno al suceso, harto más complicado que lo que saltó a la prensa.

La actitud de Francia

LAS pruebas nucleares francesas fueron una promesa electoralista de Chirac entre la primera y la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, para restar votos nacionalistas a la extrema derecha de Le Pen que le podía poner en peligro la elección. Era por tanto una deuda política pendiente que en esa lógica había que cumplir. El objeto de las mismas —progresar en la tecnología nuclear y no quedar descolgados de la equivalente americana— tenía un cierto carácter de justificación intrínseca, aunque probablemente se hubiera podido realizar con menos ruido e idéntica eficacia. Así se hizo durante la presidencia de Mitterrand, en cuyos años se realizaron en Mururoa nada menos 87 pruebas nucleares. Sólo en 1985

tuvo lugar el incidente de Nueva Zelanda, relacionado con Greenpeace, en el que los servicios secretos franceses destruyeron el primer «Rainbow Warrior».

La peculiar arrogancia derechista y nacionalista de Chirac ha dado a este episodio un carácter de guerra particular e incluso pintoresca, digna de un tratamiento literario. En la actitud chiracquiiana, verdadera caricatura de la época gaullista, hay algo que no suena bien o que plantea numerosas preguntas. Dando por admitido el pretexto electoralista, coinciden en su persona características de una época llamada a desaparecer: el gusto por la eficacia a cualquier precio, cualidad quizá estimable para un alcalde de París pero que tiene inevitables resonancias totalitarias; la idea de «grandeur» de una Francia que pierde brillo a ojos vistas en Europa desde el gran cambio del 89, pero que él y los suyos siguen mirando como una absoluta «unidad de destino en lo universal»; y la particular satisfacción con la que a Francia le ha gustado siempre ser el travieso de la clase que actúa en su propio beneficio mirado a los demás con superioridad o desdén. Las acciones de protesta han tenido en el punto de mira esta particular odiosidad de la persona. Mitterrand no concitaba los mismos sentimientos.

OJALÁ quedara todo en una tempestad dentro del vaso. Pero el hecho de que la explosión haya tenido efecto en la fecha prevista y la extensión de las protestas nacionales e internacionales hacen que el precio en popularidad pagado por Chirac haya sido muy fuerte. E incluso en términos políticos cabe preguntarse —y probablemente Chirac se lo habrá preguntado más de una vez— si valía la pena hacerlo y precisamente en el 50 aniversario de la bomba de Hiroshima. En cualquier caso, es responsabilidad última de Chirac el haber dado a su ambición personal y a sus intereses nacionalistas absoluta prioridad respecto de los intereses generales del mundo suscitando un desasosiego general en esta época que se pretende de apaciguamiento.

La idea de la bomba nuclear como arma de utilización militar está asociada a cuarenta años de miedo durante la

guerra fría. Con independencia de cualquier otra consideración, la evocación del horror latente en el concepto mismo de explosión nuclear, y el enfrentamiento a todas las protestas con prepotencia, es de mal gusto histórico y resucita recelos universales. ¿Para qué quiere Francia progresar en la fabricación de sus bombas si no es para la eventualidad de poder utilizarlas llegada la ocasión? Y si esto es así, ¿con qué fuerza moral se va a exigir a Kazachstán y a Rusia y disuadir a otros, Pakistán, India, China, Irak, que no contribuyan a la proliferación nuclear? ¿Es realmente útil para la humanidad que Francia pretenda ser orgullosamente independiente de los EE.UU. en la tecnología avanzada, cuando sus propios avances están ya basados de hecho en una posesión compartida de los conocimientos? ¿Sirve este protagonismo antipático para otra cosa que para alimentar la vanidad nacional francesa?

Chirac se ha defendido de las acusaciones con una falacia y un chantaje. La falacia es pretender que la tecnología nuclear francesa defiende a la Unión Europea (hasta ahora bien defendida por la OTAN, es decir, en el fondo, por la fuerza nuclear americana), y querer así convertirla en causa sagrada. El chantaje consiste en pretender vincular a Alemania (tecnología y potencia económica), a la «generosa» empresa. La jugada era hábil, porque la relación franco-alemana, tan cuidada en los últimos decenios, no permite grandes desplantes que puedan volver a hacer sensibles las cicatrices del pasado. Chirac lo sabe y lo utiliza. Helmut Kohl, que también lo sabe, ha optado por un silencio diplomático. Pero voces oficiosas de Bonn han dejado entender que Alemania no está descontenta de la protección de la OTAN.

La postura de Greenpeace

AL margen de esta inoportuna cuestión de política nacionalista hay otra: la campaña que montó y llevó a cabo la organización Greenpeace con motivo del experimento nuclear de Mururoa. Es evidente que el objetivo de Greenpeace era valerse de los medios de comunicación

(televisión principalmente) para impactar a la opinión pública con sus acciones espectaculares. Es su línea, aunque cuestionada. En Mururoa no ha conseguido su finalidad de evitar el experimento, pese a todo.

AL llegar a este punto chocan en nuestro interior sentimientos muy encontrados. Siendo enemigos del armamento nuclear (y con mayor motivo tras la finalización de la guerra fría), nos sentimos aún más enemigos de que decisiones elaboradas en misteriosos comités nos impongan sus criterios constituyéndose en definidores de buenos y malos, y sustituyendo las razones —siempre frías y lentas— con la manipulación de los sentimientos colectivos inflamables.

Greenpeace y todos los grupos y organizaciones que la apoyan, tuvieron originalmente una clara intención ecologista y han rendido incuestionables servicios. Pero sería excesivo otorgarles la infalibilidad, incluso restringida a ese campo. Y mucho más cuando Greenpeace empieza a estar bajo sospecha. En los últimos años no han sido pocos los colaboradores de calidad que han abandonado la organización, a la que se reprocha su peligroso gigantismo, su estilo autoritario y agresivo, su narcisismo de imagen, cuestionables métodos de obtención de fondos... etc. Consecuencia de ello es que al parecer se encuentra en una crisis de identidad de la que se cubre con la tapadera de las últimas acciones.

Lo que ciertamente ha conseguido (¿cómo?...) es la colaboración de una red de periodistas en múltiples puestos de influjo del campo de los «media». Y esto amplía los recelos. Mal está someterse al despotismo de Chirac. ¿Pero es bueno someterse a las oscuras voluntades que rigen los «mass-media»? ¿Quién lo puede controlar debidamente?